

Gobierno, no pueden por menos de adherirse a los autores de tan grandes beneficios.»

La obra de Bullón de Mendoza está repleta de textos tan importantes e interesantes como los que hemos reproducido y que, como ya indicamos, consiguen transmitir una visión muy completa de lo que en todos los órdenes significaron los enfrentamientos entre liberales y carlistas a lo largo del siglo XIX y que, por tanto, la convierte en una obra de necesaria lectura, sobre todo para aquellos que se acercan por primera vez al conocimiento de este periodo.

JOSÉ ANTONIO GALLEGO

Roger Garaudy: LOS MITOS FUNDACIONALES DEL ESTADO DE ISRAEL. (*)

En la Feria del Libro de "El Retiro", de Madrid, en junio pasado, se ha colado de puntillas, quiero decir que sin megafonía, pancartas ni firmas, este libro hacía largo tiempo esperado y siempre difícil de encontrar. Tiene tres puntos de interés: la personalidad de su autor, las vicisitudes de la primera edición francesa, y su propio contenido. Es uno de los textos básicos sobre los judíos, dentro del siglo XX en parangón con *El Juicio Internacional* de Henry Ford, o *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, cuya autenticidad, por cierto, niega Garaudy (pág. 134). Es un libro importante que hay que tener o, al menos, haber oído hablar de él.

Roger Garaudy, aún vivo, nació en Marsella en 1913. Fue escritor y dirigente comunista toda su vida, pero mediada ésta, concibió la teoría de que el comunismo ruso había fracasado en su objetivo de formar un hombre nuevo; para alcanzarlo se necesitaba completar en el interior del hombre la transformación que las estructuras políticas comunistas intentaban desde fuera, y esto

(*) Editorial "Historia XXI", Barcelona, 1998. Traducción y prefacio de José Luis Jerez Riesco. 4.º rústica, 159 págs.

sólo lo podía hacer un impulso o complemento religioso. Comunistas y cristianos estaban, pues, condenados a entenderse, y así nació una corriente mestiza del agrado del Kremlin y de escaso éxito dentro de la Iglesia, aunque encontró algún remolque en la teología de la liberación.

Un grupo argentino aceptó esa teoría, con la curiosa variante de que la religión complementaria del comunismo no tenía por qué ser necesariamente la cristiana; ellos proponían como mejor una mezcla de ocultismo, hinduismo y religiones aborígenes. Se incorporaron al movimiento de SILO, que luego vino a España y tras varias evoluciones se llama hoy Partido o Movimiento Humanista, de implantación sólida, discreta, y más importante y peligrosa de lo que parece; en él están instaladas incrustaciones comunistas supervivientes del naufragio de la Internacional Comunista. Entretanto, Garaudy ha dejado el Cristianismo y se ha pasado al Islam.

Las vicisitudes de la primera edición francesa son divertidas y de interés político. Unas organizaciones judías visibles, y otras invisibles, al conocer este libro que mina los fundamentos del Estado de Israel, desencadenaron en la gran prensa francesa y de otras formas y maneras una ofensiva contra Garaudy. Anteriormente había sufrido otras análogas por sus escritos antisionistas. Caldeado el ambiente, entablaron procesos judiciales por infracción de los límites legales de la libertad de expresión. Pleitos tengas y los ganas. El gran público francés, y también el del resto del mundo, descubrió entonces y así, que en la Patria de la Libertad y de los Derechos Humanos no se pueden expresar ciertas ideas que molesten a los judíos. Garaudy dedica las páginas 114 a 123 a narrar estos forcejeos con el *lobby* sionista en Francia; son sutiles, ingeniosos y aleccionadores.

Un personaje popular, el Abbé Pierre, también cayó en cuenta, sólo que al final de su vida, con motivo de esas controversias, de que en Francia no hay verdadera libertad para opinar sobre los judíos. Un tanto ingenuo —los años pesan—, se puso públicamente de parte de Garaudy, y, ahora viene lo bueno, la Conferencia Episcopal Francesa le reprendió y, acusado por todos, tuvo que exiliarse a Italia, donde guarda silencio. Todos echaban leña al fuego y la situación recordaba el asunto Dreyfus.

No ha tenido la misma ingenuidad el traductor, don José Luis Jerez Riesco, que como buen hombre de leyes no se fía del

Estado de Derecho y ha preferido que un "prefacio" que le ha puesto al libro sea exageradamente breve y cauteloso, en vez de despacharse en él a su gusto, como hacen muchos prologuistas y todos esperábamos. Reconocemos que no hubiera sido justo que por entretenernos se hubiera arriesgado a molestias como las que proporciona la justicia francesa.

Este libro termina una trilogía contra el Islam, el Cristianismo y el Sionismo. No le faltan, pues, invectivas contra el Cristianismo, salpicadas desde su gemelo a él dedicado, y aunque tenemos el deber de advertirlo, lo hacemos despreocupadamente, porque son tópicos inconscientes que la prensa airea a diario, e incluso algunos medios "progresistas" católicos, impunes.

* * *

En una *Introducción* se contraponen Judaísmo y Sionismo, cuestión que enerva los últimos cien años. El Sionismo es una doctrina política, nacionalista y colonial, que aboca a la creación y mantenimiento del Estado de Israel. Y el Judaísmo no es ni político ni nacional, sino espiritual, y apunta hacia una época mesiánica en la que todos los hombres reconocerán pertenecer a una sola gran comunidad para el establecimiento del Reino de Dios sobre la Tierra. En gran parte de la Diáspora, sobre todo en los Estados Unidos, el Judaísmo se ha paganizado y desacralizado y optado por el poder político. Se fue deslizando, primero, a la pretensión de un Hogar Nacional Judío en Palestina, y desde éste, al Estado Judío de Israel. Frente a éstos, los puros, siguen insistiendo en que el Judaísmo es una cuestión de religión y no de nacionalidad. Dentro del Estado de Israel se encuentran dos grupos enfrentados: uno, imperialista, y otro que quiere la convivencia pacífica con los árabes. Estas distinciones explican que algunos grupos judíos buscaran un entendimiento con Hitler, incluso alguna colaboración, que si no fue a más fue por causa del Führer.

"Nuestro libro se sitúa en la prolongación de los esfuerzos de aquellos judíos que han intentado defender un Judaísmo contra un sionismo tribal".

Estas distinciones previas, que hay que tener presentes en el resto de la lectura, no son originales, sino archisabidas. Lo que es

nuevo y agradable es la brillantez y la claridad en la exposición, muy del *esprit* francés. También es loable el respaldo documental; las 159 páginas del libro llevan 427 citas de autores de prestigio, muy bien montadas, y además desconocidas del gran público español. En medio de tantos líos no aparece involucrado nadie de la España contemporánea. Y, sin embargo, ¿cómo suponer que no desbordan hasta aquí? Reciente (mayo 1998) está el "donativo" de doscientos cincuenta millones de pesetas del Consejo de Ministros de España al Consejo Mundial Judío.

Antes de seguir, nuestra fe católica nos obliga a un comentario gravísimo a esas distinciones de Garaudy y de otros. Comentario que venimos rumiando desde anteriores lecturas de análogos planteamientos. Parece como si en la cuestión judía, global y coloquialmente aludida, hubiera que distinguir entre buenos y malos, para poder inmediatamente escoger a los buenos y rechazar a los malos, pero como excusándose de este rechazo de los malos porque ya se simpatiza con los buenos. Los buenos serían los religiosos del Judaísmo, defensores de unos preceptos filosóficos y místicos abstractos y desencarnados, serparados e independientes de la política internacional del capitalismo americano y de sus aliados, los malos, los sionistas del Estado de Israel, que nos está saliendo a todos carísimo. No hay tal distinción entre buenos y malos. Todos son malos, desde una visión religiosa cristiana. No son menos malos los espirituales y religiosos y sionistas, sino precisamente al revés, por una subordinación ontológica de la política a la religión. Este error se manifiesta también en que el antisemitismo de algunos es, en la realidad, más contra el sionismo del Estado de Israel que contra el Judaísmo como religión. Entre cristianos, debería ser lo contrario.

La fe de algunos católicos ha sido llevada por el "progresismo" a un estado de debilidad compatible con creer que los que difunden una religión falsa son los "buenos", y que son preferibles a los ("malos") que solamente sirven a una política internacional de calificación dudosa respecto de la nuestra. El error en un plano superior, religioso, sería bueno, o preferible, o aceptable, al error en un plano inferior de política internacional, infinitamente menos atentatorio para la salvación de las almas. No es ajeno, psicológicamente, a esta esquivación el ambiente creado por la libertad religiosa y el ecumenismo.

Aclarados, pues, los dos planteamientos de salida, el de Garaudy y el cristiano, sigamos, libro adelante.

* * *

El libro tiene tres partes o cuerpos principales, titulados: I. "Los Mitos teológicos", II. "Los mitos del siglo xx", III. "La utilización política del mito".

Los mitos teológicos son: el mito de la "Tierra Prometida"; el mito del "Pueblo Elegido", y el mito de "Josué o de la Limpieza Étnica". Los tres descansan en sendas exégesis bíblicas múltiples que no tengo capacidad para enjuiciar; además, tendríamos que oír a las dos partes o al magisterio de la Iglesia, si existe en estos puntos con caracter infalible. La táctica de Garaudy es *ad hominem* o de utilizar astillas de la misma madera, que son las peores.

*¿Tierra prometida o Tierra conquistada?*²—Los sionistas sostienen que solamente conquistaban la Tierra Prometida. Se refieren a que Dios prometió a los Patriarcas y a sus descendientes la posesión de una Tierra que hoy se interpreta que es, con vaivenes elásticos, la Cisjordania. Los guerreros sionistas se limitarían a tomar posesión.

Garaudy les replica: "La exégesis cristiana ante esa afirmación es vacilante y escéptica y no llega a ninguna conclusión". En cuanto a la exégesis profética, aduce que un rabino notable, de la Liga para el Judaísmo (antisionista), en Estados Unidos, concluye que "es inadmisibile para nadie pretender que la implantación actual del Estado de Israel es el cumplimiento de una profecía bíblica" (pág. 24).

Para invalidar el mito de que *La población que hoy constituye el Estado de Israel es el pueblo elegido por Dios*, recurre a un método de moda, peligrosísimo, que es rastrear la cuestión en diversas religiones antiguas. En ellas ha encontrado este mismo concepto de un pueblo elegido por Dios, y, por ello, a la versión sionista le faltaría originalidad y exclusividad, y esto la inutilizaría. Son materiales difíciles de comprobar y silogismos frágiles. Airear este método de la comparación de religiones para sacar, o derruir en este caso, factor común, es uno de los peligros de este libro para el lector cristiano, ya suficientemente bombardeado

con proyectiles de ese género por las sectas gnósticas y por Nueva Acrópolis.

El mito de Josué o de la limpieza étnica.—Se interpretan las matanzas, tan frecuentes hoy, dentro y fuera de las fronteras del Estado de Israel. Los sionistas las justifican con el recuerdo de las matanzas de Josué y otras del Antiguo Testamento, y con el fin que persiguen, que sería limpiar el actual Estado de Israel de la etnia árabe para que no se infrinja el precepto del Antiguo Testamento de que la sangre judía no se mezcle con otras. Garaudy critica la historicidad de los textos bíblicos y su interpretación literal, y vuelve machaconamente a su tesis favorita de que están instrumentalizados al servicio de la política. Además les recuerda —sin posibilidad de ser comprendido— que la venida de Jesús trastoca las cosas y el Nuevo Testamento y la nueva alianza contradicen en esto a la antigua alianza y al Antiguo Testamento. Ese es el nudo de la cuestión.

Sea como fuere el enlace del Antiguo Testamento con el Nuevo, no dejan de ser impresionantes las censuras del Antiguo Testamento al cruce de razas.

El texto que seguimos empieza aquí a incidir más sobre la cuestión del racismo, que luego continúa. Es interesante todo esto porque actualmente en España no hay literatura racista de prestigio, y sí, en cambio, hay mucha y desproporcionada presencia antirracista injustificada y de ínfima calidad.

Una nueva división: los judíos, en general, se dividirían en racistas, que son los sionistas, y otros más pacíficos, partidarios de la "asimilación" con otros pueblos. Los nazis, racistas, se entendían relativamente bien con los racistas sionistas; bastaba con repartirse territorios y ayudar a la creación del Estado de Israel. Cada mochuelo a su olivo. En cambio, los nazis temían y perseguían a los judíos "asimilacionistas", partidarios de quedarse en Alemania y mezclarse con los alemanes o, al menos, de coexistir perfectamente con ellos.

* * *

El segundo gran cuerpo, titulado *Los mitos del siglo xx*, comprende: I. "El mito del antifascismo sionista"; II. "El mito de la Justicia de Nuremberg"; III. "El mito del Holocausto"; IV. "El mito de una Tierra sin Pueblo para un Pueblo sin Tierra".

Estos mitos son predominantemente políticos, y de política actual, a diferencia de los anteriores, más cargados de difíciles exégesis bíblicas. Esta desigualdad en las dificultades de comprensión inclina a la mayoría de personas a interesarse más por los más fáciles, que son los políticos, y a desentenderse de los más difíciles, que son los religiosos, lo cual favorece el contrasentido desde una visión cristiana, ya citado, de oponerse más a los políticos que a los religiosos.

El mito del antifascismo sionista.—Este capítulo es una partida de ajedrez político que deleitará a los aficionados a las luchas políticas (págs. 35 a 48). Resulta que los sionistas no eran antifascistas, sino partidarios de un acuerdo basado en los respectivos racismos con Hitler, que era más favorable que Inglaterra a la construcción de un Estado Judío.

Al empezar la GMII, Weizmann, presidente de la Agencia Judía, se alineó con los aliados y esto entorpeció muchísimo la colaboración de los judíos con el régimen alemán. Esta colaboración era un sabotaje a la lucha antifascista internacional, que quedaba postergada ante la creación del Estado de Israel. Los aliados cortaron esta colaboración y una segunda onda de la misma, hacia el final, cuando Hitler, desesperado, pensó en los judíos como mediadores entre él e Inglaterra para unirse frente a Rusia (pág. 47). Paradigma de la colaboración entre nazis y judíos fue el famoso Grupo Stern (pág. 42).

El mito de la justicia de Nuremberg.—Se recopilan las objeciones a aquel tribunal, más conocidas, aunque de manera dispersa, que es como han ido perforando la muralla con que algunos entienden defender la libertad de expresión. La creación (ABC de 18-VII-1998) de un Tribunal Penal Internacional puede dar algún interés a estos recuerdos. También la campaña contra la Inquisición que irá con las absurdas peticiones de perdón de la Iglesia al comienzo del Tercer Milenio.

Garaudy abusa en este punto, y en otros, de las comparaciones exculpatorias, olvidando que el "más eres tú" es un argumento sin validez jurídica.

El mito de los seis millones.—Es otra recopilación, análoga al capítulo anterior, de noticias y comentarios referentes a si hubo,

o no, cámaras de gas para el exterminio de seis millones de judíos, y a que si fueron seis o bastantes menos. También las conocíamos porque se han ido filtrando laboriosamente por entre las grietas de la gran prensa. Israel ha conseguido con la explotación de este mito del Holocausto "unas rentas verdaderamente inigualables y que cincuenta años después siguen produciéndose".

Esto nos recuerda aquel título de Gironella, *Un millón de muertos*, que, con el disimulo de ser una novela, fue uno de los primeros ataques a la España Nacional desde dentro, luego refutado, en serio y con rigor por Salas Larrazábal, que estableció que fueron muchos menos. En ambos asuntos, el mal estaba hecho de comienzo, y daba buenos réditos políticos y dinerarios.

Tanto en lo referente a Nuremberg como al Holocausto hay noticias abundantes de cómo la libertad de expresión está limitada subrepticamente en las dichas democracias jurídicamente y por presiones económicas y sociales. Cuenta, con amenidad, algunas de las persecuciones que él ha sufrido. Tema interesante, extenso y útil para polémicas. También en España donde ha llegado un salpicón en la Ley Orgánica 4/1995, de 11 de mayo, BOE 113.

El mito de una Tierra sin Pueblo para un Pueblo sin Tierra.—Los sionistas dicen que la tierra que ocupa el actual Estado de Israel les ha sido dada por Dios... en el que sólo cree el 15%. No aportan el documento de donación ni especifican los límites de ese territorio, pero con esa invocación religiosa se sitúan por encima de cualquier Derecho Internacional. No faltan casos de violaciones del mismo.

Hay una extensa exposición de trucos sofisticados de ingeniería jurídica para ir consiguiendo que los árabes se tengan que marchar de sus territorios, a pesar de que luego a los sionistas les falta gente propia para ir repoblando los asentamientos abandonados. Garaudy vuelve obsesivamente a su tema favorito de que los sionistas están cometiendo la idolatría de reemplazar al Dios de Israel por el Estado de Israel.

La utilización política del mito.—Esta parte es un compendio entretenido y aleccionador de sucesos anecdóticos y de filigranas jurídicas de los sionistas para poner a los Estados Unidos al servicio del Estado de Israel. Éste no se puede financiar por sí

mismo ni con el mito de "el milagro de Israel" ni con los subsidios de los judíos de toda la Diáspora. Hay que recurrir al asalto de la economía yanqui, con ardidés y chantajes. Así se llevan conseguidas cantidades de dinero escalofriantes.

En Europa, el país más colonizado por su *lobby* sería Francia. ¿Y en España? ¿Qué hacen los judíos sionistas en España? Tendremos que enterarnos por otro lado, porque Garaudy no nos dice nada de esto.

Finalmente: "El presente libro no tiene más objeto que proporcionar a todos los elementos que les permitan juzgar los daños de una mitología sionista que, sostenida incondicionalmente por los Estados Unidos, ha engendrado ya cinco guerras, y constituye por la influencia que ejerce su *lobby* sobre la potencia norteamericana, y por ello sobre la opinión mundial, una amenaza permanente para la unidad del mundo y de la paz" (pág. 134).

MANTUEL DE SANTA CRUZ